

uno D. Albino García, antiguo empleado en la época de Santa-Anna en el Cuerpo Político de Artillería de Veracruz, y el otro D. Francisco Pardo, quien, dedicado al comercio, se auxiliaba también con los productos que le dejaban sus conocimientos en leyes, haciendo de patrono á los litigantes que solicitaban sus servicios. Pacíficos y tranquilos, deploraban en silencio los males que affigían á la patria, pero su edad y más que esto los achaques de su salud, si les permitían deplorarlos, les impedían tomar una parte activa en su defensa.

Ambos fueron señalados, sin embargo, y denunciados como peligrosos, y en consecuencia se les mandó reducir á prisión en el acto.

D. Albino García fué conducido á una de las cañoneras y puesto en la barra con grillos y esposas á la vez: se le abandonó cruelmente, al grado de no darle alimento ni hacerlo cambiar de posición siquiera por piedad, puesto que estando boca arriba, inmóvil, lo mismo recibía los ardores del sol durante el día, como la humedad del río ó los chubascos que cayeran en la noche. Además, era objeto de mal trato por parte de aquella marinería ordinaria y grosera para con los hijos del país que caían prisioneros bajo su custodia. De sus labios no se escapó una queja siquiera durante cuatro días; pero al quinto, las vociferaciones y bruscos movimientos que hacía para desligarse de los fierros que lo retenían aprisionado y de las ligaduras que lo sujetaban á la barra, llamó la atención de algunos marineros, y entonces pudieron notar que aquel desgraciado estaba demente: se le aplicó una tanda de *gatazos*, y el infeliz calló. ¡Hacía noventa y seis horas que no se le había dado el más ligero alimento, ni humedecido sus labios una sola gota de agua!

Al sexto día murió, revolcándose en su propio excremento, pugnando por alcanzarlo para convertirlo en alimento, y allí, en la misma postura que lo sorprendió la muerte, permaneció un día más, hasta que el hedor que despedía al co-

menzar la descomposición, obligó á aquellos miserables, más infames que los mismos caribes, á arrojar su cuerpo al agua para que las corrientes lo arrastraran al mar y fuera pasto de los peces.

Se le acusaba de estar en connivencia con las fuerzas republicanas, lo cual no era verdad: pero se creía que por su apellido "García," tenía algún parentesco con el General en Jefe, y de ahí la saña que contra él se desató.

El Sr. Pardo había cometido el horrible crimen de tener un hijo, joven aún, de su propio nombre, que militaba en el batallón "Zaragoza" con el grado de Capitán. Se le ordenó que se presentara en una de las cañoneras para que sirviera de rehenes hasta tanto su referido hijo se presentara en Minatitlán, á cuyo efecto debía escribirle su mismo padre llamándolo á su lado. El anciano Pardo manifestó que no le era posible cumplir la orden de presentación, á causa de hacer tres días que estaba en cama con una terrible fiebre, al grado de tener dos cáusticos en el cuerpo; "pero—agregó, diciendo al comisionado que repitiera sus palabras al francés que lo había mandado—que aun cuando estuviera bueno y sano, y se presentara como preso, jamás escribiría á su hijo en el sentido que se quería, pues antes que todo era mexicano, teal á sus banderas."

Esta respuesta digna y enérgica, que otro que no hubiera sido un hombre sin sentimientos nobles como lo era el Comandante de la escuadrilla, hubiera respetado y aun admirado, fué su sentencia de muerte. Dos horas después, al caer la tarde, cinco ó seis martinicos, guiados por el mismo que lo había denunciado ante la autoridad francesa, al denunciar también al infeliz García, penetraron hasta su habitación; y sin que valieran los ruegos de su affigida y anciana esposa, lo hicieron salir del lecho tal como estaba, y lo condujeron al patio de su propia casa. Allí lo obligaron á que cavara una fosa, y cuando á juicio de aquellos monstruos estuvo bastante profunda, se le colocó de pie en uno de los extremos, y lo

fusilaron, dejando al cuidado de sus criados y amigos cubrir el cadáver de aquel mártir, que manchaba con la sangre que manaba de las heridas hechas por balas francesas el rostro de los traidores y la bandera del Imperio francés.¹

¡Increíble parece que tantos y tan horribles crímenes se cometieran á la sombra de una bandera que llegaba á México pregonando la "regeneración" en nombre de un pueblo culto y civilizado! Y más increíble aún, que los denunciadores fueran mexicanos, por nacimiento el uno, el otro por adopción, pues era un francés que hacía muchos años residía en aquellas comarcas ejerciendo clandestinamente las funciones de médico, y recibiendo el favor de cuantos ocupaba.²

III

Las tropas republicanas acantonadas en Cosoleacaque no podían tomar la ofensiva, á pesar de ser muy cerca de trescientos hombres aguerridos y valientes: las cañoneras eran un obstáculo imposible de superar; pero su Jefe el Teniente Coronel Carrión, rodeado de buenos oficiales, y perfectamente asistido por los hijos de aquel pueblo que nada le escaseaban, se dedicó á perfeccionarlas en las maniobras militares, introduciendo la más estricta disciplina. Componíase la sección de los granaderos y primera compañía del batallón "Za-

1 Estos hechos fueron puestos en conocimiento del Teniente Coronel Carrión por el Cónsul de los Estados Unidos, el mismo día que tuvieron lugar, participándole este jefe al General García. Posteriormente fueron confirmados por personas tan respetables como los Sres. Price y Wright, del comercio de Minatitlán, y por la viuda del Sr. Pardo, que falleció pocos meses después. Como la tropa que mandaba Carrión en Cosoleacaque tuvo noticia de tales atentados, juró desde entonces no perdonar á ninguno de los que cayeran en su poder, mexicanos traidores ó franceses: juramento que cumplieron más adelante los hijos de aquel pueblo patriota.

2 En la hacienda de Nopalápam, durante mi permanencia con motivo de la sublevación de Acayúcam, conocí á este infame, que á la sazón estaba curando á una hija de D. Bernardo Franyutti: era un viejo sucio y asqueroso, repulsivo desde la primera vez que se le veía.

ragoza," de una compañía en alta fuerza del "2º Activo," antiguo batallón "Ortega," y de otra, en alta fuerza también, del Cantón de los Tuxtlas: se carecía en absoluto de artillería, pues las dos piezas pequeñas con que se contaba estaban en "Conejo."

La noticia, bien comprobada,¹ de haber llegado á Minatitlán un Teniente Coronel francés de apellido Duboscq, y á lo que se decía, antiguo jefe de un batallón del 99 de línea, con doscientos hombres de infantería, y de haberse aumentado el número de traidores á más de doscientos también, al mando de un antiguo oficial reaccionario de apellido Rodríguez, hizo que Carrión diera parte al Cuartel general pidiendo refuerzos ú órdenes en vista de la situación. Como consecuencia de esto, el General García ordenó la retirada á Acayúcam en observación de los movimientos del enemigo, en tanto que se disponía el envío de dos compañías del batallón de Tlacotalpam. Carrión, sin pérdida de tiempo, pues los avisos secretos que recibía eran cada vez más alarmantes, comenzó á hacer los preparativos de marcha aunque con el mayor sigilo, quedando listo todo para emprenderla. Casualidad ó traición, el mismo día que debía salir para el punto que se le había señalado (fines de Octubre de 1863), los voluntarios de Cosoleacaque, que daban hacía tiempo el servicio de avanzadas, llegaron á todo correr anunciando que el enemigo estaba más acá de "Tacoteno." Un Ayudante salió en el acto para rectificar el hecho, y regresó confirmando la noticia y agregando que estaba casi á la vista ya, á más de la mitad en el llano de la "Garrapata."

No había tiempo que perder cualquiera que fuera la resolución que se tomara, y el caso era difícil para Carrión. Si

1 La dió personalmente Mr. W. Smith, Cónsul de los Estados Unidos, quien desde el principio se constituyó espontáneamente en agente de nuestros jefes. Aunque se sospechaba de él, nunca se atrevieron las llamadas autoridades francesas á hacerle reclamación alguna, temerosos de las complicaciones que pudieran sobrevenir.

la sección emprendía la retirada, sobre ser mortificante para un jefe pundonoroso, la derrota podía ser inevitable; y si permanecía en la población, no sólo no podía tener esperanza de triunfo, puesto que se encerraba sin tener retirada posible, sino que la exponía al furor y á la venganza de un enemigo salvaje y cruel. Salir á su encuentro, esperando al enemigo al amparo de un extenso y profundo zanjón que corta el llano cerca de Cosoleacaque, era el único partido que rigurosamente podía tomar, al menos para dejar bien puesto el honor de las armas nacionales. El camino de travesía sigue su curso en el fondo del mismo zanjón y el encuentro era inevitable dando una pequeña ventaja á Carrión; la de que el enemigo tenía que descenderlo y escalarlo para llegar hasta él.

La pequeña columna avanzó, pues, en lugar de retroceder, y formando parapetos para guarecer á la tropa con los carros que conducían los pertrechos, armamento sobrante, equipajes, etc., etc., esperó á los contrarios, dando sus órdenes para la colocación de las fuerzas, y haciendo comprender á la tropa que iban á luchar por la honra de la patria, aunque con pocas probabilidades de triunfo, pero con la conciencia de que cumplían con su deber. Los granaderos de "Zaragoza" se ampararon de unos arbustos á la izquierda de la línea, al borde del zanjón, pecho á tierra, en tiradores; y la primera compañía del mismo cuerpo hizo otro tanto sobre la derecha: la de los Tuxtles ocupó el centro parapetada tras los carros, y la del 2º Activo, algo á retaguardia quedó como reserva. Carrión á Caballo, lo mismo que sus ayudantes, se colocó entre la reserva y el centro desde donde dominaba la llanura.

El enemigo seguía avanzando lentamente y podía apreciarse su número y el orden de formación.

A la cabeza, arrogante en un magnífico caballo, marchaba un oficial superior con el uniforme del ejército de línea francés, acompañado de dos ayudantes. Seguíanlo una columna como de doscientos hombres de infantería de traidores, y algo más retirada otra columna de igual fuerza, también de in-

fantería, cuyos uniformes de diversos colores y cortes, desde el especial de los zuavos hasta el severo de los "Cazadores de Vincennes," demostraban claramente que eran los soldados cumplidos del ejército de ocupación, reenganchados por su cuenta particular. Entre una y otra columna marchaba un pelotón de artilleros todos franceses, con una pieza de á 12 de montaña.

En estos momentos, unos cincuenta indígenas capitaneados por un anciano, se presentaron ofreciendo sus servicios á Carrión y manifestando que tras ellos venían otros más con el mismo objeto. Carrión que no debía contar con ellos, tanto porque sólo llevaban por armas toncoles, coas y machetes de roza, y algunos unas escopetas ó fusiles recortados, como porque no acostumbrados al fuego pudieran desmoralizarse á los primeros tiros, y en caso de retirada ofrecer mayores elementos para una derrota, les dió las gracias, agregando: "que se mantuvieran ocultos, hasta tanto que él creyera oportuno emplearlos contra el enemigo."

Así lo hicieron sin hablar una palabra.

IV

Al llegar á distancia conveniente, la pieza de artillería pasó desde el punto que ocupaba al frente de la primera columna, protegida por un buen número de tiradores: se aproximó lo suficiente, y desenganchada que fué, entró en línea é hizo su primer disparo á metralla. Tres hombres de la compañía de los Tuxtles y el Teniente que la mandaba quedaron tendidos en tierra: Carrión no mandó contestar el fuego. Se aproximó más aún, y por segunda vez la metralla silbó sobre los republicanos, aunque sin resultado alguno. Entonces nuestra infantería de la derecha y del centro rompieron los fuegos de filas, y la pieza se acercó casi hasta el borde del zanjón: el oficial que la mandaba y dos de los sirvientes cayeron mortalmente heridos; y ya porque el terreno estaba resbala-

dizo, quizás por un movimiento maquinal de los que cayeron, ó tal vez empujada inconscientemente, el hecho fué que la pieza rodó hasta el fondo del zanjón.

Los granaderos de "Zaragoza" con el Teniente Rosso á la cabeza, se precipitaron para apoderarse de la pieza, á la vez que los artilleros y parte de los tiradores que la protegían, descendieron para recobrarla: la reserva cubrió el puesto de los granaderos, y ésta, la derecha y el centro redoblaron sus fuegos, disparando á tiro alto, para alcanzar hasta las últimas filas de la segunda columna que ejecutaba un movimiento de flanco para entrar en línea. Entretanto, en el fondo del barranco se libraba un combate terrible y parcial para disputarse á bayonetazos la posesión de la pieza. De repente sale el tiro de metralla que contenía, fusilando á boca de jarro á sus primitivos poseedores; el pánico se introduce entre ellos, y ya sólo tratan de volver á la llanura para incorporarse al grueso de la fuerza, presentando la espalda á las balas de nuestros soldados.

V

El Teniente Rosso, joven de una serenidad y de un valor admirables de que dió pruebas repetidas veces, en tanto que sus soldados se batían con encarnizamiento, se cercioró de que la pieza estaba cargada; y auxiliado del sargento Vidal, otro joven también, la restableció en su posición natural, y con *el puro que en esos momentos fumaba*, le dió fuego.....

En los momentos en que artilleros y tiradores huían, una bala de fusil atravesaba de parte á parte el pecho del Teniente Coronel Duboseq, y al verlo caer, el terror se apoderó de aquellas chusmas que emprendieron, no una retirada sino una fuga del todo vergonzosa.

Ya se disponían las compañías á pasar el barranco para seguir la persecución, cuando ocurrió á Carrión lanzar sobre los prófugos á la improvisada reserva de indios de Cosoleacaque: dió orden en el acto, y aquello fué espantoso. El llano

fué invadido por más de trescientos indígenas que se diseminaron en una vasta extensión por parejas de dos en dos, en las que uno de ellos marchaba en *cucullas*, acechando, husmeando, mientras que su compañero llevaba lista el arma para dar la muerte: el vocerío, en su idioma era sin interrupción. La matanza fué horrible, sin piedad; se trataba de vengar los asesinatos cometidos en Minatitlán: las víctimas inmoladas al furor de los franceses. Los prófugos se ocultaban entre los matorrales, y era de ver entonces aquellas parejas, cómo el uno de ellos sacaba del escondite al infeliz ensartado por donde lo cogía el toncol, y al otro partirle el cráneo de un machetazo ó de un tiro de fusil: herían sin piedad y sin perdonar á nadie. Fué preciso contenerlos casi á la fuerza; pero fueron inexorables con los denunciadores de García y de Pardo que se encontraban entre las filas. Al que denunció á Pardo le hicieron que cavara su sepultura como él lo había hecho con aquél. Los restos que pudieron escapar huyeron despavoridos hacia Minatitlán, para ponerse al abrigo de las cañoneras, perseguidos tenazmente por los indios hasta "Tacoteno:" algunas granadas lanzadas por elevación, que fueron á estallar en la llanura, los hicieron retroceder á su punto de partida.

Por parte de las fuerzas republicanas hubo varios muertos y heridos, y pasaron de doscientos los del enemigo, entre ellos cerca de sesenta de los franceses reenganchados en Veracruz.¹

El Teniente Rosso fué ascendido á Capitán y á Subteniente el sargento 1º Vidal, allí sobre el campo de batalla.

¹ A causa de los fusilamientos efectuados por los indígenas tuvieron un grave disgusto el General García y el Teniente Coronel Carrión, quien se vió obligado á recordar á aquél *que era un jefe del ejército y no un cualquiera*, y que no permitiría que se desmandase con él en palabras inconvenientes como tenía *por costumbre hacerlo con algunos subalternos*, dando por resultado que Carrión pasara á Oaxaca á continuar prestando sus servicios en el cuerpo de ejército que mandaba el General D. Porfirio Díaz.

La triunfante columna, una vez levantado el campo¹ y sepultados los muertos de los republicanos se retiró á Acayúcam, y de allí, por orden superior, á Tlacotalpam los de "Zaragoza y del "2º Activo," regresando á los Tuxtlas los guardias de ese Cantón, que dejaban sepultado en el terreno donde había sucumbido, á su jefe lleno de gloria y de honor.

Ocho días después, cañoneras, soldados y todos los particulares que habían tomado parte en la cuestión política, abandonaron á Minatitlán, que no pensaron ocupar por tercera vez.

El General García, con arreglo á las leyes de la guerra, hizo confiscar los bienes de los que habían auxiliado al enemigo, nombrando un interventor que pasó á Acayúcam con tal objeto: sus productos se aplicaron al sostenimiento de las tropas y á indemnizar á algunos que habían sufrido en sus intereses á causa de la persecución que se desató contra ellos, siendo de notar que el comercio extranjero de Acayúcam fué el que tomó una parte más activa en esos acontecimientos.

Así terminó la segunda y última intentona de ocupación contra Acayúcam y Minatitlán, donde desde entonces hasta el fin de la campaña reinó siempre el principio republicano y el odio al titulado Imperio y á los que lo sostenían para baldón de la historia nacional.

¹ Una pieza de montaña, carabinas, sables, parque, una pistola y varias cruces condecorativas, con más, una "culebra" conteniendo una regular suma de dinero en oro, fué el botín de guerra, habiéndose entregado todo al General en Jefe.

TLACOTALPAM.

Ataque é incendio del campamento de "Conejo."—Abandono de la ciudad de Tlacotalpam.—Rasgo de lealtad y valor.—Sorpresa de "San Jerónimo."—Encuentro del "Puente García."—Maréchal incendia las fincas hasta "Boca de Acula."—Robos en Tlacotalpam.—Arribo de una cañonera á Cosamaloápam.—Retirada de los invasores.—Reocupación de Tlacotalpam por los republicanos.—Fusilamientos.—Llegada de las fuerzas de Comatlán.—Entusiasmo público.

I

TERMINADA la campaña de Minatitlán tan desastrosa para las armas imperiales, el enemigo se mantuvo sin dar señales de vida por algún tiempo, y la confianza en la línea militar de Sotavento llegó á tal grado, que podía creerse que había desistido de ocupar esta parte del territorio nacional, donde hasta entonces no había podido domeñar ni el patriotismo de sus hijos ni el valor de los soldados de la República que lo defendían.

Todo parecía, pues, tranquilo. Las comandancias militares de los Cantones estaban encomendadas á Jefes de confianza; y si se exceptúa el de los Tuxtlas que fué relevado el 22 de Abril para incorporarse al Estado Mayor del General en Jefe, los demás permanecieron en sus puestos con beneplácito de todos los pueblos.

Preparábanse, sin embargo, grandes movimientos por parte del enemigo, que no perdía de vista el punto objetivo, teniendo como base de operaciones á Medellín y Alvarado,